

Dom

5 Jul

Homilía de Decimocuarto Domingo del Tiempo Ordinario

Año litúrgico 2008 - 2009 - (Ciclo B)

“Y no pudo hacer allí ningún milagro”

Introducción

Desde que el hombre es hombre, siempre nos han gustado los fuegos de artificio, las noticias deslumbrantes, lo insólito y que llama la atención. “Ser el hijo del carpintero” no era noticia en tiempos de Jesús. Sin embargo, Jesús hacía milagros, interpretaba las Escrituras como nadie había hecho hasta entonces, pero “era el hijo de María”, el carpintero, un “don nadie”.

“Y desconfiaban de él”, o según otra traducción que parece más fidedigna, “se escandalizaban de él”. En realidad, si estaba María por allí, seguro que se acordó de los “piropos” del anciano Simeón sobre aquel niño entonces, hoy adulto, y, al recordarlo, empezaría a entender algo de lo que guardaba en su corazón.

Y, como les faltaba fe, “no pudo hacer allí ningún milagro”. No es que la fe haga los milagros, pero es la condición para que Dios, con su poder, los realice. Porque, cuando tenemos fe, nos fiamos de Dios, confiamos en él, al mismo tiempo que reconocemos nuestra condición humana.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Lecturas

Primera lectura

Lectura del Profeta Ezequiel 2, 2-5

En aquellos días, el espíritu entró en mí, me puso en pie, y oí que me decía: «Hijo de hombre, yo te envío a los hijos de Israel, un pueblo rebelde que se ha rebelado contra mí. Ellos y sus padres me han ofendido hasta el día de hoy. También los hijos tienen dura la cerviz y el corazón obstinado; a ellos te envío para que les digas: "Esto dice el Señor." Te hagan caso o no te hagan caso, pues son un pueblo rebelde, reconocerán que hubo un profeta en medio de ellos».

Salmo

Sal. 122, 1-2a. 2bcd. 3-4 R/. Nuestros ojos están en el Señor, esperando su misericordia

A ti levanto mis ojos, a ti que habitas en el cielo. Como están los ojos de los esclavos fijos en las manos de sus señores. R/. Como están los ojos de la esclava fijos en las manos de su señora, así están nuestros ojos en el Señor, Dios nuestro, esperando su misericordia. R/. Misericordia, Señor, misericordia, que estamos saciados de desprecios; nuestra alma está saciada del sarcasmo de los satisfechos, del desprecio de los orgullosos. R/.

Segunda lectura

Lectura de la segunda carta del Apóstol San Pablo a los Corintios 12, 7-10

Hermanos: Para que no me engría, se me ha dado una espina en la carne: un emisario de Satanás que me abofetea, para que no me engría. Por ello, tres veces le he pedido al Señor que lo apartase de mí y me ha respondido: «Te basta mi gracia; la fuerza se realiza en la debilidad». Así que muy a gusto me glorío de mis debilidades, para que resida en mí la fuerza de Cristo. Por eso vivo contento en medio de las debilidades, los insultos, las privaciones, las persecuciones y las dificultades sufridas por Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte.

Evangelio del día

Lectura del santo Evangelio según San Marcos 6, 1-6

En aquel tiempo, Jesús se dirigió a su ciudad y lo seguían sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: «¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le ha sido dada? ¿Y esos milagros que realizan sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? Y sus hermanas ¿no viven con nosotros aquí?». Y se escandalizaban a cuenta de él. Les decía: «No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa». No pudo hacer allí ningún milagro, sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se admiraba de su falta de fe. Y recorría los pueblos de alrededor enseñando.

Pautas para la homilía

En Nazaret, los paisanos de Jesús creían conocerle porque conocían a su familia y sabían que era el hijo del carpintero. Pero no le conocían. Habían oído hablar de sus poderes especiales, de sus milagros, de su magisterio, pero, porque conocían a su familia y la pobreza y no importancia de sus “progenitores”, no podían creerle. Curiosamente y por una excepción, esta vez no son los fariseos, saduceos y sacerdotes los que se oponen a Jesús.

Jesús extiende esta conducta de sus paisanos y la aplica a lo que ha sucedido y sucede con todos los profetas en su propia tierra, entre sus parientes y en su misma familia.

“Y se extrañó de su falta de fe”

Jesús se extrañaba de su falta de fe. “Si no me creéis a mí, creed a las obras”, a los milagros, a los signos inequívocos que hablan de mi identidad. “Jesús se admiraba de su incredulidad”. Le creían y le seguían mujeres sencillas, pescadores sin otra formación por encima de la de su profesión, muchos hombres y mujeres enfermos y otros muchos que, en medio de su vida bastante inhumana, encontraron signos liberadores, gestos de curación y palabras con la mejor de las noticias. Pero, quienes tenían obligación –por cercanía y paisanaje- de conocerle, admirarle y seguirle, no lo hicieron. Y a Jesús “le parecía imposible que no le creyeran”. Porque no podía hacer más de lo que estaba haciendo.

A mí me impresiona algo previo pero conectado con lo que está pasando en ese momento. Jesús, María y José vivieron codo con codo con los que hoy rechazan al Maestro. ¿Y nadie se dio cuenta de nada? Es bastante probable que Jesús fuera a sus casas a trabajar en quehaceres propios de su oficio, y ¿no notaron nada especial? María que, por lo que sabemos, era, humanamente hablando, una mujer normal, tuvo que tratar con sus vecinas y no tan vecinas, y ¿nadie notó algo que les hiciera pensar que no era una más, que no era exactamente como las demás? Hoy se suele comentar, que a un cura, fraile o monja, por más “de seglares” que se vistan, se les conoce normalmente a distancia. ¿Y qué pasaba con Jesús, con María y con José, aunque vistieran también “de seglares”? En nuestra mentalidad nos cuesta entender que no se distinguieran en nada al hablar, al trabajar, al rezar. ¿Los que entraron en su casa, tampoco notaron nada en absoluto que los distinguiera de los demás?

Son sólo preguntas, pero no me extraña que Jesús se admirara de su incredulidad.

Aunque bien pensadas las cosas y guardando las distancias debidas, ¿no nos podrían hacer hoy preguntas similares a los seguidores de Jesús? Con el agravante de que, en nuestro caso, y a diferencia del de Jesús, pudiéramos ser nosotros los que no mostrásemos gestos para que nos distinguieran. Quede ahí el verbo en condicional para que, sin herir susceptibilidades, nos sirva de reflexión.

“No pudo hacer allí ningún milagro”

“Sólo curó a algunos enfermos”, como saldos o rebajas, no auténticas obras de Jesús como las que estaba llevando a cabo en Cafarnaún y por los caminos de Galilea. No podían creer, ¿qué títulos ostentaba para que lo hicieran o en qué escuela de rabinos se había formado?

Da la impresión de que los nazaretanos conocían demasiado bien la doctrina de los fariseos y escribas de su tiempo, y, en el caso de Jesús, la siguieron a pies juntillas. Un judío que se preciara de serlo no podía esperar sorprenderse de Dios. Creían conocerle demasiado bien para llegar a ese extremo. En todo caso, creían poder sorprender a Dios por el inequívoco y escrupuloso cumplimiento de la Ley en todos sus detalles. Y ahí estuvo la raíz de su equivocación.

Dios nos sorprende continuamente y, al mismo tiempo, respeta nuestra libertad. Si cerramos la puerta de nuestra persona por dentro, no esperemos que él la abra desde fuera. Quizá nos parezca excesivo, pero así es de respetuoso. “Mis caminos no son vuestros caminos y mis planes no son vuestros planes”. Nosotros haríamos las cosas, mejorando, pensamos, lo que Dios hace. Y ese no es el camino, como en el caso de los paisanos de Jesús. Los esquemas y los métodos sólo funcionan entre nosotros, los humanos. Dios no está encasillado en esquema alguno, nos sorprende siempre y con esa sorpresa tenemos que contar.

Y, como no tenían fe y no se dejaron sorprender, no pudo hacer ningún milagro, sólo unas curaciones.

“Y desconfiaban de él”

Como Jesús no respondía a sus expectativas “desconfiaban de él”. Fue uno de sus sins. Su nacimiento provocó desconfianza y hasta miedo y prevención. Al final, su muerte en una cruz, fue para otros la señal de la veracidad de aquella desconfianza. Entre su nacimiento y su muerte, muchos desconfiaron de él, le tendieron trampas y no pararon hasta que acabaron con él.

Pero, hubo también gestos auténticos y de la mayor confianza con Jesús. Al lado de éstos, la actitud de las gentes de Nazaret significa poco. Y es la confianza, la lealtad y la amistad con Jesús lo que debemos resaltar. Y no sólo resaltar sino imitar, de forma distinta a la amistad de Lázaro, Marta y María; distinta también de la de Nicodemo, María Magdalena y los discípulos. Ellos estaban con él; su presencia ahora es real, pero distinta. Nuestra confianza se basa en nuestra condición de hijos de Dios. Y ser hijos de Dios no consiste en vivir asustados y atemorizados por el Omnipotente Dios, sino obsesionados más bien por su benevolencia y misericordia, que nos permite confiar, siempre moderadamente, en nosotros, y extender esta misma confianza a los demás.



Fray Hermelindo Fernández Rodríguez
(1938-2018)

Evangelio para niños

XIV Domingo del tiempo ordinario - 5 de julio de 2009



Visita a Nazaret

Marcos 6, 1-6

Descarga la imagen en el tamaño que quieras: [Normal](#) [Grande](#)

Evangelio

En aquel tiempo fue Jesús a su tierra en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, empezó a enseñar en la sinagoga; la multitud que lo oía se preguntaba asombrada: - ¿De dónde saca todo eso? ¿Qué sabiduría es esa que le han enseñado? ¿Y esos milagros de sus manos? ¿No es éste el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago y José y Judas y Simón? ¿Y sus hermanas no viven con nosotros aquí? Y desconfiaban de él. Jesús les decía: - No desprecian a un profeta más que en su tierra, entre sus parientes y en su casa. No pudo hacer allí ningún milagro, solo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe

Explicación

La bondad y la sabiduría de Jesús eran tan grandes, que la gente de su pueblo se asombraba de lo que decía y hacía. Y desconfiaban de él. Pensaban que era un espíritu del mal quien actuaba por Jesús, en vez de su Padre Dios, a quien Jesús obedecía. Y se lamentaba de la desconfianza de sus paisanos.

Evangelio dialogado

Te ofrecemos una versión del Evangelio del domingo en forma de diálogo, que puede utilizarse para una lectura dramatizada.

DECIMOCUARTO DOMINGO ORDINARIO – CICLO “B” - (MARCOS 6, 1-6)

NARRADOR: En aquel tiempo fue Jesús a su tierra en compañía de sus discípulos. Cuando llegó el sábado, comenzó a enseñar en la sinagoga; todos los que le oían se preguntaban asombrados:

NIÑO 1: ¿De dónde saca éste estas cosas?

NIÑO 2: ¿Y qué sabiduría es ésta que le han enseñado?

NIÑO 3: ¿Y estos milagros hechos por sus manos?

NIÑO 4: ¿No es este el carpintero, el hijo de María, hermano de Santiago, de José, de Judas y de Simón?

NIÑO 5: ¿Y sus hermanas no viven con nosotros aquí?

NARRADOR: Y desconfiaban de él. Pero Jesús les dijo:

JESÚS: No desprecian a un profeta más que en su propia tierra, entre sus parientes y en su casa.

NARRADOR: No pudo hacer allí ningún milagro. Sólo curó algunos enfermos imponiéndoles las manos. Y se extrañó de su falta de fe

Textos: Fr. Emilio Díez y Fr. Javier Espinosa

Dibujos: Fr. Félix Hernández